

01

(c) 2007 M...

9201

4211

9201

LA LEYENDA DE LAS FLORES.

Wolfgang 29 Juli
1885-

Guillermo J. Pajón

10010
EMILIANO G. PAJARES.

La Leyenda

DE

las Flores.



ASTORGA:

IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE LORENZO LOPEZ.

—
1885.

Sr. D. Santiago Alonso y Garrote.

MI DISTINGUIDO Y ESTIMADO AMIGO: Considero como imprescindible deber, pero deber que cumplo gustosísimo, dedicar al Director de *El Maragato* la primera de mis obritas poéticas, escrita como todos mis trabajos, sin pretensión de ningún género.

No únicamente por amistad, sinó también por compañerismo, te dedico esta leyenda, á la que no he hecho más que dar forma.

Prodújome impresión vivísima cuando, por vez primera y en el lenguaje poético y sencillo de los hijos de Galicia, la relató mi ilustrado colega é inolvidable amigo José Martínez Fontenla.

Como desconozco el dialecto gallego, ignoro si algún vate de esa región se habrá hecho cargo de esta romántica é interesante tragedia popular, que según mi amigo Fontenla corre en boca de los sencillos campesinos de la provincia de Pontevedra.

Galicia es el país de las leyendas. ¡Lástima que la censurable apatía de sus hijos, y el desdén que hasta ahora se ha mostrado por el dulce y armonioso dialecto gallego, contribuyan á enterrar en el olvido esas verdaderas joyas literarias del pueblo!

De los poetas gallegos es lícito esperar mucho. Si mi súplica tuviera algún valor, rogaría al inspirado Curros Enríquez que nos diera á conocer, en la forma que él solo sabe y puede, esos inagotables tesoros poéticos del bello país de la *muñeira*.

Necesito consignar que el contenido de mi obrita pertenece por entero al pueblo gallego. Si hay bellezas á él le corresponden. Yo recabo para mí la responsabilidad de una interpretación defectuosa é incorrecta, propia de todos mis trabajos literarios, pero con especialidad de estos que hoy comienzo.

Permíteme amigo Santiago, que ántes de finalizar esta carta, envíe la expresión de sincero reconocimiento á mi distinguido colega Sr. Martínez Fontenla.

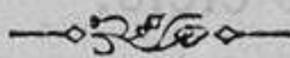
Espero que acogerás con la indulgencia de siempre este pobre trabajo. Si le estimas como prueba de leal amistad, están satisfechos los deseos de tu compañero

EMILIANO G. PAJARES.

LA LEYENDA

DE

LAS FLORES.



I.

Entre riscos y peñascos,
á orillas del mar inmenso,
álzase enhiesto y gigante
feudal castillo altanero.

Las olas embravecidas,
vendavales, ventisqueros,
tempestades y borrascas,
se aplastan en el cimiento.

¿Cómo abatirle pudieran
las ondas del mar soberbio,
si en él no dejó su huella,
la dura mano del tiempo?

.

Al lado opuesto está el valle,
plácido, tranquilo, ameno,
con sus agrestes viviendas
y su purísimo cielo.

¡Qué tranquilas son las horas
de las veladas de invierno,
y qué soláz proporcionan
del viejo abuelo los cuentos!

Sobre algunas leves pajas,
tal vez en el duro suelo,
después del rudo trabajo....
¡qué bien se concilia el sueño!
En cambio en lecho de pluma
el castellano altanero
quiere, aunque en vano, entregarse
en los brazos de Morfeo.

Duro lecho, la borona,
gran apetito y buen sueño;
muelle cama, gran banquete,
inapetente y despierto.

Dios bendijo la pobreza
y Dios sabe lo que ha hecho.
¡Más feliz que el castellano,
es el humilde pechero!

II.

Habitaba el castillo un noble anciano,
valiente, poderoso y altanero,
que en lid con el valiente mahometano,
tiñó de rojo su brillante acero.
Solo de aquella edad recuerdos gratos
le quedan, que el placer, la bizarría,
suelen ser los delirios insensatos,
que el hombre paga en la vejez sombría.
Grato consuelo de su triste vida,

sola alegría de su sorda pena,
es la bella Rosaura, hija querida
más pura que la nítida azucena.

Ella es su solo amor, su tierno encanto,
su más grata ilusión, dulce consuelo,
siempre sueña en su amor, la quiere tanto
como debe quererse al Dios del cielo.

Pedidle que la dé su sangre entera,
y cien vidas contento la daría,
pero no le pidais á aquella fiera
nada que menoscabe su hidalguía.

Son Rosaura y su honor sus ilusiones,
pero siempre prefiere su fiereza
entre el amor de Rosa y los blasones,
los vetustos escudos de nobleza.

III.

En una casa agreste y escondida
vive un gallardo mozo, un marinero,

que mantiene á su madre desvalida
y es de los buenos hijos, el primero.
Ha ya tiempo la madre cariñosa
notó en Leonardo pena tan extraña,
que no duerme, sosiega ni reposa
y la alegría huyó de la cabaña.
¿Será quizá un amor sin esperanza,
la sola causa de su triste pena?
Este solo motivo se le alcanza
y la turba, contrista y enajena.

IV.

En una noche oscura y silenciosa,
sin estrellas ni luna plateada,
del castillo feudal junto á la fosa,
se oye la voz de un alma enamorada.
Es el gentil Leonardo, es el marino
que acaricia tal vez una quimera.
En la ventana un bulto blanquecino;

es Rosaura, radiante y hechicera.
Se oyen frases de amor, de amor sublime,
después la voz del castellano fuerte.
Suspende el bardo la canción y gime:
la bella Rosa se desploma inerte.
La negra sombra de la noche oscura,
la fuga protegió del marinero,
que pronto se internó por la espesura;
desencajado, trémulo y ligero.

V.

Cuando Rosa volvió de su desmayo
y recordó la enamorada escena,
miró á su padre, humilde y de soslayo
tratando en vano de ocultar su pena.
—Escucha, Rosa, el castellano dijo:
algún pobre hidalguelo te enamora.
Eres la prometida de Clavijo;
es inútil tu llanto, llora, llora....

pero olvida ese loco desvario.

—Jamás, jamás, aun cuando yo quisiera que nunca lo querré, no, padre mio.

—¿Nó comprendes que basta que yo quiera?

¿Y quién es el hidalgo pretencioso?

Dime, Rosaura, dí ¿quién es el bardo?

—Es un pechero altivo y generoso, es un bravo marino, es Leonardo.

—¡Amar á un siervo tú, siendo mi hija!

¡Mezclar mi sangre con la de un villano!

Pése á tu lloro y aflicción prolija

al de Clavijo prometí tu mano.

Es mi resolución, seca tu llanto;

ganamos en las nupcias gran ventaja,

y mira, Rosa, aunque te quiero tanto,

á antes que el marinero, la mortaja.

VI.

Yá las oscuras sombras
de la noche callada,

escóndense y dán paso
á la luz ténue y clara
del sol que en el Oriente
muestra su faz de grana.

De la esbelta cornisa
cuelga atrevida escaia;
ya está la bella Rosa
en la ojiva ventana;
ya está al pié de los muros
fijando la mirada
el gentil Leonardo
en su hermosa Rosaura.

Sube, avanza atrevido
por la lijera escala
y arrójase anhelante
en brazos de su amada.

Despues muy lentamente
por la escalera baja,
en sus hombros llevando
á su preciada carga.

Huyen, él muy contento

ella muy contristada....

que queda en el castillo

el padre de Rosaura!

.

Allende el espeso bosque

una ermita solitaria

es de anciano anacoreta

sepulcro, que no morada.

Él es de los penitentes

consuelo y paño de lágrimas,

allí buscan su consejo

los pecheros y las damas,

porque en todos los lugares

es la virtud respetada.

La fama del monje corre

por las aldeas cercanas,

y el sencillo campesino

solicita las plegarias

del padre Luis que es un santo

y el favor del cielo alcanza.

VII

Cruza sonriente el bosque
la pareja enamorada,
y sus pasos encamina
hacia la ermita sagrada.
El padre Luis en el átrio
les espera; su mirada
refleja bien claramente
la tempestad de su alma.
—Padre, vuestra bendición
y también vuestras plegarias.
—¿Qué os aflige? lo sospecho.
La resignación cristiana
es la mejor consejera,
es el remedio del alma.
No de mundanas pasiones
voz vertiginosa y brava.
Al ilustre castellano

¿no comprendes tú, Rosaura,
que al abandonarle ¡ay, triste!
agudo puñal le clavabas?

Y tu Leonardo el bizarro
como dicen tus paisanas,
si tus pasiones no vences,
¿para cuándo el valor guardas?

¡Qué poco para tí vale
tu madre desventurada!

—Basta padre; soy un mónstruo,
no me aconsejeis la calma.

¡Calma yo y tengo en el pecho
tan espantosa borrasca!

Pedidme mi sangre toda
y contento me arrojára

solo por vuestro capricho

¡á la mar rugiente y brava,

pero nunca me pidais

el que olvide á mi Rosaura;

por su amor diera gustoso

la salvación de mi alma.

—Calla, calla desgraciado
porque me aturde tu audacia...
y que Dios no tome en cuenta
esa blasfemia satánica.

—Padre, amor es su delito
y Dios perdona al que ama:
dadnos vuestra bendición,
que desconsuela y espanta
ver que mi amor, mi delirio
que me enloquece y halaga,
es mundano y es impuro;
hacedle, Padre, sin mancha.

.

—Es imposible, Rosa, es imposible.

—Decidme la razón.

—Ah! desgraciada!
Tu amor á Leonardo es un gran crimen;
vuestro padre es el mismo... eres su hermana!

VIII.

Escena larga, muda, silenciosa:
cubren las nubes el azul del cielo,
el rostro oculta la inocente Rosa,
trémula, delirante, sin consuelo.

Al cielo el venerable anacoreta
dirige una plegaria fervorosa,
pero se nota en su mirada inquieta
que un presagio fatal, torpe le acosa.

Ruge la tempestad en el espacio;
abatidos Rosaura y Leonardo,
se despiden y parten muy despacio,
la doncella llorosa, triste el bardo.

—Leonardo la vida es imposible.

—Imposible es tu amor Rosa querida.

—De mí se enseñorea idea horrible.

—Ay! Despues de morir está la vida.

No más vacilación, fiero combate

sostienen mi razón y mis deberes.

—Es un crimen mi amor y por tí late
con furia el corazón.

—Dí que me quieres...
y en fuego destructor mi pecho estalle.
¿Nó ves allí al través de la neblina,
la peña colosal que en todo el valle
se divisa gigante y le domina?
Si es nuestro amor un crimen, si es un vicio,
ya la vida nos sobra y nos abruma;
sea lecho nupcial el precipicio,
y cante nuestro amor la densa bruma.

IX

Atravesando el bosque solitario
llegan al pié de la empinada roca;
lo mismo que Jesús en el Calvario
la sonrisa dibújase en su boca.
Y al subir por la rápida vertiente,

con la cruz de su amor, que es cruz pesada,
con voz entrecortada y balbuciente
dice Leonardo á su Rosaura amada.

—Al llegar á la cima de esta peña
termina mi existencia sin ventura.

¡Oh tierra miserable, cuán pequeña
eres mirada desde cierta altura!

Tranquilo, sin pesar, yo te abandono;

querer es mi delito, de amor muero,

las injusticias de tu ley perdono.

¡Misericordia,—oh Dios—para el pechero!

—Y Dios no la tendrá; que es un gran crimen
privarnos de esta mísera existencia.

—¿Será tal vez delito en los que gimen
las lágrimas secarse?

—La conciencia
díceme que el suicidio es cobardía;
preciso es soportar vida penosa.

—Cobarde cual mujer; viendo voy ⁴Rosa
que es tu jurado amor... hipocresía.—

X.

De la altiva y dura roca
tocan la encumbrada cima.

A sus piés horrendo abismo
y la tempestad arriba;

el fuerte viento del Norte
las olas del mar agita.

Los encontrados afectos,
y las pasiones antiguas,

los corazones desgarran
y á los amantes abisman.

Más horrible que los truenos,
más que la profunda sima,

mucho más que las borrascas
de la mar embravecida,

es el tormento del bardo
y el pesar de Rosalía.

—Acabe nuestra existencia;
y si el amor que decías,

no era liviano capricho
ó faláz hipocresía,
que en el abismo profundo
terminen nuestras desdichas.

—Imposible, Leonardol
Existe algo que me liga,
que me sujeta y atrae,
me retiene y me esclaviza.

—¡El cariño de tu padre,
la deshonra de mi vida!

—Y aquellos santos consejos
que, sentada en sus rodillas
me daba con mil halagos
mi madre cuando era niña.

—¿Qué tengo dentro del pecho
que tanto me mortifica?

—Es quizá filial cariño.

—¡Pobre anciana desvalida;
ya no cerrará tus ojos
aquel que era tu delicia!

.

—¿Qué resplandor tan siniestro
á lo léjos se divisa?

—Es el fuego que devora
alguna casa vecina.

—No, Leonardo, es el castillo.

¡Oh, padre del alma mia!

El cielo venga tu ultraje
y mis pecados castiga.

¿Nó oyes voces enojadas?

—Es la tempestad bravía.

—Nó, que es la voz de mi padre.

¡Oyes? ¡Rosaura, maldita!

—Ilusiones engañosas
de la mente que delira.

—Garra del remordimiento
en el pecho de una hija.

—Las llamas se enseñorean
del castillo y le dominan.

—¡Qué ruido tan espantoso!

—Es tu casa que se arruina.

Rosaura, me perteneces,

nada ya al mundo te liga.

—Ya soy tuya, Leonardo.

ya nos espera la sima....

y termine en el abismo

el amor que nos mancilla.

XI.

Transida de pesar y de amor loca,
abraza al bardo con abrazo estrecho,
arrójanse de lo alto de la roca,
y les presta el abismo nupcial lecho.

• • • • •
Las airadas ventiscas ya no agitan
las olas de la mar fiera y altiva,
ni de las nubes ya se precipitan
relámpagos fugaces de luz viva.
Ya canta el ruseñor en la enramada,
saturando el ambiente de poesía,
celebran sus gorgoros la alborada,
y nace esplendoroso el nuevo día.

XII.

En el lugar del suceso,
entre peñas y entre riscos,
refirióme esta leyenda
un aldeano sencillo.

—¿Oís un ruido lejano?

preguntóme el campesino.

—Son—le dije—olas que chocan
en las peñas de granito.

Más me contestó mi guía
por extremo convencido.

—Son gritos de un alma en pena,
la del señor del castillo.

¿Veis esas ROJIZAS FLORES

que esmaltan los verdes trigos?

—Es la silvestre amapola.

—No es eso señor, me dijo,

es la SANGRE de Rosaura

y de su amante el marino.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

2